

Titulo: La tormenta en la isla perdida

Autor: Luis Arturo Acevedo Acevedo

## La tormenta en la isla perdida



Mi agradecimiento fundamental a los que viven todos los procesos de mi vida, mi familia: a mi esposa Eliana, que siempre entienden y respetan pacientemente mi inmersión por horas entre los libros, dejando otros placeres para más tarde, por ejemplo, el paseo del domingo o el helado del verano. A ellos mis infinitas gracias por su comprensión y apoyo.

A mi padres y a nuestras productivas charlas y consejos útiles de vida, donde muchas veces me refugié placenteramente.

A mis hermanos de los cuales he aprendido mucho, quien sin darse cuenta me contagiaron la pasión por escribir

A los amigos de trabajo que confiaron en mí para llevar adelante los conocimientos y plasmarlos en libros

A los conocidos, a sus preguntas, inquietudes y exigencias, que tanto me han enseñado.

A todos esos emprendedores que fundamentalmente me enseñaron que los sueños con acción son realidades productivas.

A mis clientes, que día a día me permiten trabajar para poder elaborar mejores productos

A todos ustedes que invierten su tiempo en leer  
estas ideas, mil gracias por estar ahí, y  
bienvenidos

## La tormenta en la isla perdida



Y estaba a cientos de kilómetros de tierra firme Colombiana, me encontraba pescando en la isla de Serranilla, un pedazo de tierra en forma extraña, La zona, que alguna vez fue habitada, Tiene construcciones de casas y algunas instalaciones militares, que fueron usadas por Marines estadounidenses durante la Crisis de los Misiles de Cuba en 1962, está hoy en día completamente deshabitada. Las ruinas de los edificios en los que vivían y trabajaban los viejos moradores de la isla, le dan a la ínsula un aire lúgubre y grisáceo que ha provocado que incluso los marinos la definan como la isla fantasma.

El Banco Serranilla es un antiguo atolón. Tiene cerca de 40 km de ancho y 32 km de largo, con un área de 1.200 km<sup>2</sup>, casi enteramente de agua. Varios cayos muy pequeños emergen de las aguas para formar las islas del banco, la zona empezó como una pequeña comunidad. Los últimos habitantes salían de Serranilla, dejando un paraje

en el que solo el clima y otros elementos naturales han modificado la fisonomía de la isla.

Rodeada por enormes bloques de hormigón armado para defenderse del oleaje, los mismos que le otorgan esa forma rara, Serranilla llegó a albergar muchos militares. Por entonces la ínsula



contaba con hospitales, varias tiendas y hasta un pequeño salón de en el que los militares se relajaban tras arduos turnos en alta mar.

Mi nombre es Anderson, he tenido la oportunidad de entrar en las zonas prohibidas de la isla. En sus imágenes se vislumbra un mundo en silencio, sin

movimiento, en el que el tiempo parece haberse parado para siempre. Este planeta casi inerte, herencia de la revolución industrial.

La isla, recibe cada día a pocos turistas que viajan en algunas de las embarcaciones de las varias empresas que cuentan con autorización para entrar en la zona. La visita está limitada a unas horas de duración y durante la misma solo se permite el acceso a tres áreas cercanas a las antiguas viviendas y de la zona de los militares que habitaban en este lugar.

Los pequeños edificios militares son los únicos que los visitantes pueden contemplar en toda su inmensidad (sin poder entrar en ellos). Las aves que sobrevuelan la zona y el zumbido de las olas chocando contra el gigantesco dique que rodea la ínsula son los sonidos más habituales de este accidente geográfico que en su día albergó a esta pequeña comunidad.

Las ruinas de la oficina central, con sus ladrillos naranja, o la entrada al segundo túnel de la base son otras de las instalaciones que aún se pueden apreciar con detalle en la isla. Debido al aislamiento de la zona, hubo una gran pérdida de casas por su agrietamiento y humedad.

Serranilla, es tan impresionante como lo describen en algunos marinos. Recientemente la ínsula ha vuelto a llamar la atención debido a su belleza desconocida he impenetrable y -sobre todo por ser una zona inhabitable.



La isla, es hoy una metáfora del devenir de algunas de aquellas mareas. A flote, apenas accesible a los mortales y con un paraje que quita el aliento, la ínsula se ha ganado el apodo de la isla fantasma, una descripción muy correcta para aquellos que visitan esta área inhabitada.

Ya de regreso a San Andrés islas de Colombia. Después de un agotador viaje a Serranilla después de pescar todo el día. Decidí ir al bar a tomar con otros amigos pescadores. Al otro tenía una fuerte borrachera, dolorido y maltrecho, con la mente entumecida por el atropellado fluir de la sangre y con la lengua reseca, entreabrí los ojos para volver a la vida. No sabía dónde estaba ni a qué atenerme ni por qué flotaba en aquel pestilente limbo gris impedido del control sobre mi cuerpo. Sin embargo, pronto comprendí que los dolores se debían a que me encontraba inmovilizado sobre el lecho. Me zumbaba la cabeza. Sobre la cama yacía la mitad de abajo de mi cuerpo impedida de todo movimiento por un revoltijo de sábanas en tanto que, la otra mitad, reposaba en el suelo abrazada, amorosamente, a una almohada húmeda de sudor. Un aliento nauseabundo me recordaba las causas de aquel desaguisado: la había pillado bien. Se ve que la embriaguez no me había dado tiempo a desvestirme porque estaba sin pantalones, pero con la camisa y los calcetines en su sitio.

A través de las persianas de mi cuarto se colaban un certero rayo de sol y el sonido irritante, lejano y contumaz, de un semáforo para ciegos. Ambos fenómenos, indiferentes a mi estado, me taladraban el cerebro.

Ayudado por la mesilla de noche que era de las de antes, robusta y bien construida, conseguí sentarme en el suelo. Mi cabeza, lentamente, comenzaba a funcionar. Mientras se atenuaba mi malestar físico, crecía, de forma exponencial, el efecto nocivo de mis remordimientos. Me sentía un irresponsable. Sabía que, en aquel cuartucho arrendado de articulista en desgracia, estaba hundiéndome para siempre. Me puse de pie. En un alarde de voluntad de esos que utilizo para



hacer lo que debo y no lo que quiero, decidí darme una ducha, así que, en cuanto el piso dejó de bailotear, me metí bajo un chorro de agua fría y en pocos minutos regresé a la vida.

Cuando bajé a la calle era casi mediodía. El buscar algo para la para el dolor de cabeza después de